

Incertidumbre en pandemia. El camino para reflexionar y dejar de comer entero

Natalia Carolina Pérez Peña²⁴
Carlos Andrés Munévar García²⁵

Una de las discusiones más enérgicas que se han desarrollado desde el aterrizaje del Covid-19 a Colombia, ha sido la posibilidad de que los seres humanos reflexionemos, cambiemos nuestro comportamiento y mejoremos la toma de decisiones. En este tiempo, entre la *realidad* de los escenarios de muerte, enfermedad, crisis económica y social, corrupción y una vasta incertidumbre por un particular mañana, *ciegamente* hemos puesto fe en que, con el pasar de los días, seremos mejores ciudadanos, aprenderemos a valorar lo esencial, lo importante, lo fundamental, entre otros aspectos ideales. Sin embargo, los cambios en la conducta de las personas –reflejados en la mayoría de fugaces investigaciones acerca de la pandemia–, han sido decepcionantes. Hemos visto cómo, ante la experimentación de un

²⁴ Estudiante del doctorado en filosofía de la Universidad Santo Tomás, Magíster en semiótica y Diseñadora gráfica. Docente de la Facultad de Diseño Gráfico en la Universidad Santo Tomás.

²⁵ Economista y empresario del sector digital. carlosandresmunavar@gmail.com

hecho poco probable como el que vivimos, al ser humano le cuesta reflexionar, razonar a profundidad y establecer marcos verdaderos para mejorar la toma de decisiones. Nos acostumbramos a pensar en atmósferas positivas, organizadas, perfectas. Esperábamos, desde una influencia del *status quo*, que esta generación viviera una *realidad estructurada, ordenada y comprensible*, desconociendo que esa *realidad* es otra: compleja, llena de caos e incertidumbre.

Bien pareciera con lo anterior, que estamos obligados a reflexionar sobre varias cosas: (1) cómo piensa y cree el ser humano; (2) cómo la intuición prima sobre la racionalidad en la toma de decisiones; (3) cómo la incertidumbre desempeña un papel importante en la toma de decisiones; y, (4) cómo podemos integrar un pensamiento reflexivo que favorezca la toma de decisiones.

Empecemos por señalar la diferencia entre creer y pensar, teniendo presente que el primero revela un atisbo de duda; y el segundo, instaura unas condiciones de verdad. Jhon Dewey (1989) ubica a la creencia casi como sinónimo de pensar, dado que lo que se cree se acepta como verdad, aunque en un futuro pueda ser cuestionado; es decir, que pese a no tener certeza plena, confiamos en lo que creemos. Lo que abre en la creencia un espacio a la incertidumbre. ¿Es en *realidad* creer sinónimo de pensar?

De acuerdo con lo anterior, si hoy creemos que la pandemia nos hará mejores seres huma-

nos y que cambiaremos nuestro comportamiento para construir un mundo mejor, estamos partiendo de un estado de duda que hoy aceptamos como verdad y que, con seguridad, va a ser cuestionado en unos meses. La creencia es una primera impresión sobre algo, decir “yo creo” no posee el mismo estatus de certeza o al menos de seguridad, que decir “yo pienso”; no obstante, la creencia puede llegar a tener este estatus si quien cree se pregunta por la veracidad de aquello en lo que cree y llega a la verdad. Si esto sucede, nos estaríamos acercando al tipo de pensamiento que Dewey (1989) defiende en relación con la educación: el pensamiento reflexivo, el que surge cuando nos preguntamos por la veracidad de algo y el que si bien nos ubica en un estado de duda, fomenta un deseo de esclarecimiento de la duda.

En estos tiempos de pandemia, nos hemos quedado en un estado de creencia que, si bien provoca una duda, no revela que lleguemos al acto de esclarecimiento de la duda. Hoy creemos —a modo de cliché—, que el Covid-19 es una oportunidad para reinventarnos y que cuando todo esto pase seremos mejores personas, pero ¿por qué esperar a que termine para ser mejores personas? o ¿por qué esperar una pandemia para creer que seremos mejores personas? Si tuviéramos el deseo de esclarecer la duda, el cambio se estaría dando y no saldríamos masivamente en el día sin IVA a apiñarnos en los centros comerciales. Pareciera con este comportamiento, que la intuición prima sobre la racionalidad, y la única duda que tenemos es creer que nos quedaremos sin las compras con descuento.

Hoy, podríamos afirmar que la mayoría de las respuestas al comportamiento de la pandemia han sido intuitivas y motivadas únicamente por resolver una situación que creemos que está próxima a acabar. Según Kahneman (2012), si la gente cree que una conclusión es verdadera, muy probablemente esté dispuesta a crear argumentos que parezcan respaldarlos, aunque sean impugnables. Evidentemente, defienden de forma intuitiva sus argumentos sin razonar a fondo y sin cuestionar esas conclusiones —es decir, que creemos, dudamos, pero no esclarecemos la duda—. Desde expertos del gobierno en los campos de la salud, la economía y la política, responsables de tomar las decisiones para mitigar los efectos negativos del Covid-19, pasando por las opiniones de la oposición, hasta el ciudadano que busca participar en los espacios de discusión e información disponibles —muchas veces falsa—, buscan confirmar y compartir a capa y espada sus posturas ideológicas; desentierran pensadores, citan argumentos y estudios, y comparten o crean videos que respalden sus creencias y teorías, sin importar que sean fidedignas o no. De ahí que, tengamos que hacer un llamado a la urgente necesidad de dejar de comer entero, a trascender el pensamiento intuitivo vinculado a la percepción (Lorenz, 1993), y caminar hacia un fuerte pensamiento racional, que nos permita leer entre líneas, ver más allá de las cifras, de los argumentos, las opiniones, y lograr un pensamiento reflexivo.

Evidentemente, la crisis que ha generado la pandemia permitió comprender que infravaloramos la incertidumbre y la aleatoriedad. Precisamente, nuestro comportamiento se basa en la

creencia errónea del *status quo* y del pensamiento lineal, y pasamos por alto la ocurrencia de una nueva pandemia y sus efectos colaterales. Sin embargo, tal como lo afirma Taleb (2007), debemos integrar el análisis de lo aleatorio a nuestra estructura mental y reflexiva. La idea fundamental de la incertidumbre es que, para tomar una decisión, tenemos que centrarnos en las consecuencias –que podemos conocer–, más que en la probabilidad –que no podemos conocer–. Todo lo que hay que hacer es mitigar las consecuencias. Si lo hacemos, tomaremos las decisiones centrados en las consecuencias de los hechos poco probables, más allá de una probabilidad de ocurrencia en el tiempo. Preparar el sistema de salud, el sistema educativo, los sectores económicos y los sistemas de información para un nuevo rebrote, una nueva pandemia, una nueva crisis, sería un buen comienzo.

Hoy, más que nunca, el pensamiento reflexivo debe tener un gran impacto en la toma de decisiones. Necesitamos ser escépticos y buscar el esclarecimiento de la duda, dudar de todo menos de que dudamos (Descartes, 1981), ser más racionales y menos intuitivos, tener en cuenta la incertidumbre y la impredecibilidad como marco de impacto positivo ante las consecuencias de un nuevo hecho poco probable y ver las cosas más allá de cómo nos las presentan. Llegó la hora de observar y empezar a cuestionar los postulados que se consideran vigentes para construir reflexiones más reales. Dejar de citar las tesis de la historia, de los libros y acomodarlos a una *realidad*, debemos ver esa *realidad* de frente y reflexionar. De manera que, si estos hechos probables suceden, estemos preparados, porque la cavilación

progresiva ha impedido en términos de Taleb (2007), que *mercantilicen* nuestro pensamiento y entendemos que el pensar no es una ocurrencia casual e inmediata y que el tipo de pensamiento que debe primar es “el que consiste en darle vueltas a un tema en la cabeza y tomárselo en serio con todas sus consecuencias” (Dewey, 1989, p. 19). Así, incertidumbre, probabilidad y consecuencias motivarían aquello que defiende la mirada heideggeriana, un pensar en aquello que es merecedor de ser pensado, pero además, que merece ser cuestionado.

Es verdad, la pandemia realmente cambiará a quienes sufrieron, a quienes experimentaron la muerte, a quienes han perdido en pocos días lo que habían construido en muchos años. Pero, también a quienes reflexionen sobre sus preconcepciones y sistemas de pensamiento buscando integrar la incertidumbre y el pensamiento reflexivo para una favorable toma de decisiones en aras de ser mejores seres humanos desde ahora.

En conclusión

El problema. A los seres humanos nos cuesta reflexionar ante la experimentación de las consecuencias de un hecho poco probable.

La causa. Respondemos de forma intuitiva, sin imprimir la suficiente racionalidad a la toma de decisiones. Falacias, sesgos y errores de pensamiento, motivan la toma de decisiones.

La solución. Un pensamiento reflexivo, donde cuestionemos la veracidad de lo que se dice y se predice, entendiendo que, a pesar de que es muy difícil anticiparse al futuro, existen variables que sirven de marco para acercarnos a él.

Referencias

Descartes, R. (1981). *Discurso del método en Discurso del método; Meditaciones metafísicas; Reglas para la dirección del espíritu* (8.ª ed.). Porrúa.

Dewey, J. (1989). *Cómo pensamos*. Paidós.

Heidegger, M. (2005). *Qué significa pensar*. Editorial Trotta.

Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido pensar despacio*. Penguin Random House grupo editorial.

Lorenz, K. (1993). *La ciencia natural del hombre. «El manuscrito de Rusia» (1944-1948). Introducción al estudio comparado del comportamiento*. Tusquets.

Taleb, N. (2007). *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. Paidós.